

Inmigración y sociedad receptora *

La actitud para con el inmigrante no debe ser la de procurar a toda costa que se integre en la sociedad receptora, sino la de descubrir en él las aportaciones nuevas e innovadoras a esta sociedad, que no es la perfección y modelo para proponer a los recién llegados.

INTRODUCCION

Siempre que planteamos el problema de la inmigración, se piensa en una serie de puntos que afectan más o menos directamente a este hecho acuciante de nuestros días: piénsese en los aspectos culturales, de vivienda, de promoción, familiares, psicológicos, incluso internacionales. Pero, sobre todo, también casi siempre, llegamos a lo que nos parece más importante dentro de esta problemática, ya sea porque se ha hecho una especie de tópico o moda, o porque quizá se trate de un denominador común a todos los puntos que acabo de citar: se trata del problema de la integración.

Muy a menudo acabamos concluyendo que el origen de los problemas que plantea la inmigración tiene sus raíces en una de las partes de este fenómeno, en el inmigrante; que de una manera u otra se debe adaptar a la sociedad que hemos convenido en llamar «receptora». A veces me he parado a pensar, utópicamente, en lo que sería una sociedad con movimientos migratorios y con este problema solucionado; si llegásemos a encontrar a los que podríamos llamar inmigrantes ideales con una capacidad o dosis

* Ponencia mantenida en el Seminario Internacional de Servicio Social, organizado por el Servicio Social Internacional, Madrid, abril 1970.

altísima de integración a las sociedades receptoras, creo que muchos creerían haber encontrado la piedra filosofal, la solución a todos los problemas que pone sobre nuestra mesa cargada de papeleo el hecho de la inmigración

He hablado de integración y ciertamente hemos dado pasos positivos analizando en qué consiste este proceso, intentando definir, dividir, matizar la integración. Hoy hablamos de adaptación y de asimilación, de asimilación a secas y de asimilación en profundidad; pero la realidad de la integración está en la base de todas estas disquisiciones. A pesar de todos los progresos conceptuales, siempre ponemos el acento del problema sobre uno de los polos del fenómeno inmigratorio; se trata de la confesión repetida una y otra vez de que hay algo en este proceso que no funciona y que debe funcionar a toda costa, para que en el flujo y reflujo social las cosas se desarrollen debidamente: se trata de que los inmigrantes se integren; suponemos implícitamente que la sociedad receptora debe exigir esta especie de conversión social de parte de los que llegan; se pide un como visado de entrada, con el cual estamos seguros de que todo marchará según los cánones del orden social.

Creo oportuno—de acuerdo con estudios recientes—insistir en otro posible planteamiento para una búsqueda de solución al problema inmigratorio. Fijarnos más en la sociedad que pide el visado que en la persona a quien se le exige. En otras palabras, vale la pena el preguntarse si es sólo la sociedad receptora la que aporta algo al inmigrante o si también éste tiene algo que aportar. Notemos que el cambio de perspectiva es total. Tal como acabo de notar, es al inmigrante al que se le pide un proceso social de integración, al que se le pide que cambie. Quizá vale la pena cuestionarse si también es la sociedad que recibe la que puede e incluso debe sufrir este cambio delante de unas posibles aportaciones que hasta ahora nos han pasado bastante desapercibidas. En otras palabras, ¿es que sólo la sociedad receptora es capaz de transformar al que llega, o es que también éste tiene la capacidad—quizá la misión—de transformar la sociedad que le acoge? Esta es la cuestión.

Por otra parte, creo también que este tema es de sumo interés para quienes se dedican al servicio social. En primer lugar, muchos de los clientes del asistente social proceden del campo migratorio. Todos conocemos la magnitud del problema en las grandes ciudades de tipo industrial, donde la inmigración adquiere cada vez unas dimensiones gigantescas. Además—en mi opinión—, la actitud de todo asistente social debe ser la de descubrir, valorar y, por consiguiente, respetar las posibles aportaciones de sus clientes; aportaciones que en muchas ocasiones no serán concien-
ciadas ni por las mismas personas que las poseen; este descubrimiento de las posibles aportaciones o riquezas es una base

insustituible para la solución acertada de los problemas propuestos por el mismo sujeto. Por último, creo que la extensión del hecho inmigratorio es de tal magnitud, que las conclusiones que podamos sacar de unas reflexiones de este tipo pueden ser válidas no solamente en un país con movimientos de población en el interior del mismo, sino también a nivel internacional, donde la problemática es todavía mayor, si cabe.

Para las reflexiones siguientes he encontrado material útil en la realidad que conozco: la inmigración en Cataluña. Con todo, creo que las conclusiones que podamos sacar tienen un carácter más general. Es bien conocido el desarrollo industrial de la región catalana en el contexto de España, y las características urbanísticas de algunas de sus ciudades y en concreto de Barcelona. Es a este nivel donde podemos analizar el tema que nos ocupa en sus dimensiones campo-ciudad. Pero es más, la diversidad de las regiones españolas, en general, y en concreto las peculiaridades de la región catalana, ponen de relieve otro de los aspectos importantes del problema: el cambio socio-cultural a que se ven sometidos los inmigrantes del resto de España que escogen alguna de las ciudades catalanas como término de su viaje. Así, pues, no es que encontremos allí el problema inmigratorio en sus características internacionales, pero sí que existen unos aspectos típicos que dificultan más el proceso, tal como se podría dar entre otras dos realidades de la Península o de cualquier otro país.

I PARTE: CRITICA DE LAS TEORIAS SOBRE LA INTEGRACION

1.—La variable económica

Antes de seguir adelante, quiero precisar que no pretendo tratar de las inmigraciones de tipo político, cultural, etc., sino de aquellas que son provocadas por motivos de trabajo, de subsistencia o por ansias de un ascenso en la estratificación social. Según esta pequeña aclaración, ¿cómo podríamos catalogar este tipo de fenómeno migratorio, tal como se da en Cataluña y en muchos de los países del occidente de Europa? Yo diría que se trata de un hecho producido por lo que se puede llamar determinismo económico que, a la vez, tiene unos efectos decisivos en la realidad social de la sociedad receptora. Por una parte, es evidente que este flujo inmigratorio es un caso particular de las migraciones interregionales que existen en las naciones occidentales, derivado del hecho de que los fenómenos económicos son básicamente fenómenos de población activa y que, por tanto, la población es una variable económica importante. Con esto quiero decir que la razón decisiva—y, si se quiere, constitutiva—de este tipo de migraciones no es de orden cultural o político, sino que es la expresión de un determinismo económico, propio del desarrollo, también económico, de las naciones occidentales.

Concretamente en el caso de Cataluña, el barcelonés Josep M.ª Muntaner Pascual respondía a una encuesta que dirigió en la revista «Tele-Estel» el Dr. Antoni Jutglar, diciendo que: «la inmigración, en Cataluña, es uno de nuestros grandes fenómenos económicos..., y si nos fijamos atentamente en el aspecto económico, hemos de decir que Cataluña es una economía de inmigración. Es cierto que si, por el crecimiento normal de la gente del país, nuestra economía hubiese avanzado—por decirlo de alguna manera—a una velocidad de 40 kilómetros por hora, gracias a la inmigración, la velocidad ha alcanzado los 100 kilómetros por hora». En otro trabajo publicado hace pocos años (1), el mismo Muntaner Pascual nos dice: «Si la inmigración no se hubiese desarrollado según este volumen y continuidad, posiblemente se hubiesen producido fuertes dificultades en la expansión económica de nuestro país, y de una manera o de otra se hubiesen buscado otras fuentes de mano de obra para cubrir los déficits existentes. Quizás los empresarios hubiesen forzado más la capitalización del sistema productivo para ahorrar la mano de obra escasa, pero, en definitiva, esto no hubiese bastado para llenar el vacío producido entre la demanda y oferta de mano de obra.»

2.—Los dos polos de la inmigración

Una vez centrada la variable económica que creo importante en el fenómeno que analizamos, parece conveniente situar los dos polos que constituyen el movimiento inmigratorio: por una parte, los mismos inmigrantes, y, por otra, la sociedad que llamamos receptora.

Por una parte, en uno de los extremos, encontramos una población inmigrante heterogénea a la vez que homogénea. Si nos fijamos en la procedencia geográfica de los inmigrantes, en las diversas vicisitudes de tipo personal y familiar, podemos decir, con razón, que se trata de un grupo esencialmente heterogéneo; pero —y esto es importante—el grupo inmigrante goza de una gran homogeneidad si lo consideramos desde un punto de vista social. En líneas generales, todos los miembros de este grupo comparten las mismas condiciones de situación dentro de la estructura social o, si se quiere, se puede afirmar que poseen las condiciones de posibilidad para formar una clase homogénea dentro de la sociedad. He hablado de condiciones de posibilidad porque, a mi entender, faltan algunos de los elementos fundamentales para que el grupo pueda llamarse con propiedad una verdadera clase; me refiero a la conciencia de la situación vivida y a la reacción delante de esta situación concienciada.

(1) Josep M.ª Muntaner Pascual: «Aspectes econòmics de la inmigració», *Qüestions de vida Cristiana*, 31 (1966), 56-57.

Por otra parte, la sociedad receptora participa también de esta ambivalencia que hemos encontrado en el grupo inmigrante. No podemos dudar de una cierta homogeneidad determinada por un común asentamiento en un territorio concreto, con todo lo que supone esta vinculación a una tierra. Encontramos no solamente una mera relación hombre-tierra, sino una variable ecológica en el sentido más pleno de la palabra. Ciertamente, esta variable influye distintamente en cada uno de los miembros de la sociedad receptora, ya que todo lo que supone una vinculación a un territorio no es compartido de la misma manera por cada uno de los grupos o individuos autóctonos. Remitiéndonos al caso de Cataluña, la peculiaridad catalana goza de un pluralismo de vivencias, aunque en este caso el pluralismo no sea tan plural como a veces parece o quiere hacerse que parezca. Todo dependerá de la profundidad de la vivencia autóctona frente al hecho mixto que constituyen la lengua, la instrumentación cultural y lo que podríamos llamar «memoria histórica colectiva».

Existe, sin duda, una serie de factores o determinantes del grado de vivencia de que hemos hablado, pero sería desviarnos de nuestro tema el analizarlos aquí.

Pero así como existe este grado de homogeneidad, con las posibles limitaciones que hemos apuntado, existe también la heterogeneidad de toda sociedad urbana industrial. Toda sociedad receptora está estructuralmente dividida en intereses distintos—cuando no contrapuestos—, representados por cada una de sus clases o, si se quiere, de sus estratos socio-económicos.

3.—El imperativo de la integración

Tal como he indicado al principio de estas páginas, la integración en el fenómeno migratorio aparece como una especie de imperativo para la solución del problema; y para esto quiero hacer una distinción entre adaptación y asimilación, ya que al inmigrante no sólo se le exige una adaptación a la vida de la sociedad urbano-industrial, sino también una asimilación socio-cultural al nuevo ambiente al que llega.

El Dr. Joaquín Maluquer ha estudiado este problema; en su tesis presentada en la Universidad de Ginebra nos da una conceptualización que nos puede ser de utilidad: «La adaptación—dice—se define como un ajustamiento a los aspectos particulares de la sociedad receptora. En el cuadro de las migraciones internas de España existe de manera general un fenómeno de adaptación de los campesinos a un trabajo de tipo industrial. La asimilación, por su parte, consiste en una integración a la sociedad receptora tomada en su globalidad, particularmente en sus aspectos nacional-

cultural. Lo que caracteriza a la asimilación es la participación en profundidad en la vida de la sociedad de adopción. En este terreno, el análisis se debe fijar primordialmente en los factores psico-sociológicos, el sentido de los valores colectivos y la penetración del individuo por parte de las actitudes colectivas de la sociedad receptora» (2).

De manera que para una integración total no basta el primer elemento, que se reduciría a una compenetración con el nuevo tipo de trabajo dictado por la nueva sociedad de tipo urbano-industrial, sino que es preciso el segundo elemento, más en profundidad, de tipo nacional-cultural, perceptible a un nivel psico-sociológico.

Encontramos así plenamente especificada la solución que normalmente se apunta para el problema de la inmigración desde el ángulo de la sociedad receptora: la hipótesis general de que al inmigrante le es preciso este visado de la integración para que la dialéctica sociedad receptora-inmigrante pueda solucionarse satisfactoriamente.

Ahora bien, esta solución parece que parte de unos presupuestos, que podemos denominar de integración, que conviene analizar debidamente, si es que queremos considerar el problema no sólo desde uno de los polos, sino desde los dos.

4.—Presupuestos de la integración (3)

El primero de estos presupuestos lo podemos sintetizar en esta frase: La bondad intrínseca de la integración del hombre a su medio colectivo. De alguna manera, lo que se hace es identificar el proceso de socialización del individuo con una mecánica de sumisión a un medio colectivo ideal y quizás omnipotente en el cual se debe integrar de tal manera, que el hombre no integrado aparezca como un ser marginado, cuando no típicamente asocial. Recordemos, como contrapunto a este presupuesto, que ya en 1949 Lévi-Strauss decía: «No es suficiente que una cierta forma de integración sea posible y prácticamente eficaz para que, a la vez, sea auténtica, ni para que nos garantice que la adaptación realizada de esta manera no llegará a ser una regresión absoluta comparada con la situación conflictual anterior» (4).

El segundo presupuesto consiste en admitir el absoluto moldeamiento de lo humano por medio de los elementos socio-culturales,

(2) Joaquim Maluquer I Sotres: *L'assimilation des immigrés en Catalogne*. Genève, Droz., 1963.

(3) En este punto de la exposición nos servimos de la publicación *La immigració a Catalunya*, Barcelona, Edició de Materials, 1968, y en particular de la colaboración de Antoni Pérez: «Problemàtica sociològica de la integració dels immigrants», págs. 75 y sigs.

(4) Lévi-Strauss: «Le sorcier et sa magie», en *Les temps modernes* (abril 1949).

suponiendo que cualquier sociedad, por el hecho de estar dotada de una cultura, puede moldear e integrar totalmente a cualquier hombre. Se olvida aquí que el hombre tiene mucho de normativo, es decir, que no solamente es capaz de asumir normas sociales, modelos culturales y valores tradicionales, sino que también es capaz de rechazarlos y, sobre todo, de crear otros nuevos. Recordemos a este respecto la idea de Robert K. Merton y de otros sociólogos americanos que nos recuerdan la imposibilidad de cualquier sociedad de llegar a aquel alto grado de integración capaz de lograr que toda opinión o actividad culturalmente estandarizada sea funcional para la sociedad como una unidad social, ni uniformemente funcional para las personas que viven en ella. Tan utópica es la idea de una cultura totalmente integrada, como la idea de un individuo totalmente integrado en su cultura.

El tercer presupuesto proviene de dar como válida la posibilidad, e incluso la conveniencia, de una integración automática a un ambiente, sin tener en cuenta las mediatizaciones objetivas que aguantan y constituyen en parte dicho ambiente. Entiendo por mediatizaciones objetivas toda la serie de estructuras socio-económicas y socio-culturales que tienen vigencia en el ambiente que debe integrar. Estas son las que definen el contenido humano del área territorial y las que determinan la forma real de inserción de cada hombre en este área. Es en este sentido que he hablado de integración automática. ya que, a veces, es significativo que se proponga al inmigrante una integración que ponga entre paréntesis sus intereses particulares, ya sean individuales o colectivos. Parece que esta integración automática tiende a una supervaloración social del espacio, del territorio y, al mismo tiempo, tiende a la correlativa minusvaloración de la temporalidad, de la historicidad humana.

Llegamos al último presupuesto, que me parece básico, ya que determina de manera decisiva la problemática de la inmigración: se trata de la convicción de la inferioridad del otro, del inmigrante. Se supone apriorísticamente que los inmigrantes no pueden aportar ninguna clase de valores propios que sean capaces de enriquecer, e incluso de modificar, los de la sociedad receptora. Así, pues, se establece una dialéctica imaginaria: sociedad receptora-inmigración, en la cual el único polo activo y positivo es el de la sociedad receptora, de manera que al inmigrante le toca siempre el camino de la integración a todo aquello que es positivo por el mero hecho de pertenecer a la sociedad receptora, y debe desprenderse de todo aquello que, a pesar de ser algo propio, tiene un carácter negativo por el hecho de no ser propiedad de la sociedad que le acoge.

Me da la impresión de que estos dos presupuestos implícitos que sostienen el imperativo de la integración tienen mucho que ver con un lenguaje abstracto, con una terminología ideal que

somete a la realidad histórico-concreta a una especie de sublimación. Se trata—a mi parecer—de un bloque de conceptos esenciales a los que falta, a la vez, sensibilidad y consistencia sociológicas. Esta esencialidad puede reflejar una ilusión de totalidad o—a su manera—una mera ansia de coherencia.

5.—La alternativa del inmigrante

Al hablar del imperativo de la integración he matizado el concepto para llegar a la asimilación como forma ideal del proceso integrador. Hablaba allí de la sociedad receptora considerada globalmente, a la cual se exige una plena incorporación. Lo que ahora me pregunto es lo siguiente: ¿Qué se entiende por sociedad receptora, considerada de esta manera global? Aquí caben dos posibilidades:

1) La primera consiste en los valores de tipo cultural-nacional que nos ofrecía Maluquer en su análisis, matizada por unos aspectos de un cierto tipo trascendentalista, que lleva consigo el peligro de situarse por encima de los individuos concretos, como una abstracción o ente colectivo del que se pueden elaborar muchas teorías, pero también sobre el que podemos dudar de su realidad concreta en el campo de lo fáctico. Esta abstracción, situada por encima de los hombres, de los grupos, exterior a la historia concreta y, sobre todo, exterior al desarrollo socio-económico de la sociedad, creo que no puede interesar realmente a la población inmigrante como una realidad a la cual se debe integrar, y que a partir de esta integración lograrán una promoción de tipo humano en la sociedad que les ha recibido.

2) Podemos pensar—y hablo ya de la segunda posibilidad—que esta sociedad global se debe entender partiendo de la sociedad receptora actual real y concreta, definida a partir de sus estructuras, instituciones, sistema de relaciones sociales y modelos de comportamiento predominantes. En este sentido podemos preguntarnos sobre la licitud de intentar integrar la población inmigrante a una realidad concreta con la cual pueden no estar de acuerdo, y este desacuerdo no es que provenga sólo de la situación del inmigrante, sino de la misma organización de la sociedad receptora. Este es un punto importante donde creo que reside gran parte del problema de la integración, hasta qué punto las sociedades receptoras podemos exigir éticamente la integración de una población a nuestros esquemas sociales. Si admitiésemos que esta exigencia es lícita, deberíamos admitir también la licitud de la organización global de nuestras sociedades receptoras, y éste es un punto bastante espinoso. ¿Es que estamos seguros de que realmente la integración de los que llegan supone un bien para ellos en el sentido de pasar a adquirir algo mejor por el hecho de participar en la organización concreta de la sociedad que los recibe? Yo

sería bastante prudente antes de aceptar una afirmación de este tipo:

Ciertamente que no cabe duda que muchos de los que llegan tienen el ansia de promoción en este sentido de aceptar y hacer suyos los modelos de comportamiento de la nueva sociedad; pero ¿es esta aceptación lo que se ha de procurar para que los inmigrantes lleguen a algo mejor de lo que han dejado? Este es el punto para el cual he intentado hacer toda esta reflexión. Al inmigrante se le presenta una doble solución: la primera, la sociedad teórica, no interesa; con la segunda, la sociedad real, no se está de acuerdo. Vale la pena analizar algunas hipótesis que nos permitan ver más claro en este problema. Esto es lo que intentaré hacer en la segunda parte, partiendo de hipótesis de trabajo desprendidas de algunas investigaciones en sociología industrial, algunas de ellas acabadas, otras en curso de realización.

II PARTE: HIPOTESIS SOBRE EL IMPACTO DE LOS INMIGRANTES EN LA SOCIEDAD RECEPTORA

Según lo que he tratado hasta el momento, vamos a establecer algunas hipótesis de trabajo que nos permitan completar la problemática de la inmigración, en el sentido que ya he indicado, es decir, de considerar no solamente uno de los polos de la inmigración, sino la mutua influencia que cada uno de los dos extremos ejerce en el otro. Así, pues, si nos situamos de manera indirecta en la perspectiva de la movilidad, se puede admitir—hipotéticamente—que la llegada de los inmigrantes transforma la situación a la cual se deben adaptar. En otras palabras, los recién llegados, y sobre todo algunos de ellos, no solamente consumen las formas de vida social que encuentran en la sociedad receptora, sino que llegan a crear nuevas formas, por causa del mismo movimiento de movilidad. Esta hipótesis parte de una jerarquía de comportamiento que aparece en los llegados a la nueva sociedad, cuyos elementos principales exponemos a continuación.

1.—Tipología del comportamiento social del inmigrante

Es difícil elaborar esta jerarquía de que hemos hablado, tal como es difícil la concreción de una tipología del inmigrante a partir de sus conductas observadas. Con todo, intentamos dar los trazos característicos que determinan varias formas de comportamiento distintas:

1. Encontramos grupos de inmigrantes cuya tónica general consiste en el replegarse sobre el grupo de origen. Dicho reple-

gamiento mantiene a los recién llegados al margen de la nueva situación social que les toca vivir, pero al mismo tiempo les expone menos a los conflictos sociales y culturales y, por consiguiente, les protege contra la desorganización social.

2. Observamos también a aquellos que sufren una desorganización como resultado lógico del encuentro de dos ambientes sociales y culturales completamente distintos, al del país de origen y el de la sociedad receptora. Esta desorganización afecta tanto a los inmigrantes considerados como grupos, como a la personalidad individual de cada uno de ellos.

3. Se puede dar también una cierta integración, que es el resultado de la adaptación al ambiente que los acoge. Generalmente esta integración se opera a un nivel profesional y social bastante bajo, pero no puede ser de otra manera. Podemos afirmar que el proceso psico-social más característico de este tipo de comportamiento es la socialización anticipada.

4. Por último, se nos ofrece el comportamiento que algunos sociólogos empiezan a llamar «comportamiento de innovación». La innovación consiste en una nueva definición del campo de acción individual o colectivo, supone que se acepta un cierto conflicto y que, a la vez, se intenta un ir más allá del ambiente de la sociedad receptora. Algunos estudios (Brasil, Italia) han mostrado este ir más allá por parte de los grupos de obreros inmigrados con respecto a los obreros establecidos con anterioridad en la sociedad receptora.

2.—Formación de estos comportamientos sociales

Nos podemos preguntar—antes de pasar adelante—cuál es la razón de la diversidad de conductas sociales que se observan en los inmigrantes. Sería preciso encontrar el porqué de la diversidad en la manera de actuar de esta gran masa de la inmigración. Parece evidente que para lograr una explicación adecuada deben intervenir una serie de factores, entre los cuales los que parecen más importantes son: el punto de partida, la situación profesional y la situación en la ciudad. Trataré brevemente cada uno de estos puntos:

Punto de partida: La formación de las conductas colectivas supone el encuentro de dos movimientos. En primer lugar, una orientación activa hacia el futuro, contrario a la sumisión a la situación vivida anteriormente; en segundo lugar, una orientación colectiva y no individual, que solamente permite a la experiencia personal el adoptar una nueva forma de conciencia colectiva. Según esta breve explicación, podríamos elaborar el siguiente cuadro:

	<u>activo</u>	<u>pasivo</u>
individual	integración	desorganización
colectivo	innovación	repliegue

Se trata de encontrar en la situación de partida algunos determinantes de estas orientaciones (activo-pasivo, individual-colectivo). Para aclarar la dualidad activo-pasivo, creo que es preciso distinguir, tal como hace Alain Touraine (5), entre desplazamiento, partida y movilidad. De manera más simple, se puede oponer el desplazamiento y la movilidad; el primero (desplazamiento) consiste en seguir los caminos bien trazados ya por los anteriores inmigrantes con la característica de no poseer todavía un objetivo preciso como fin de la inmigración; la movilidad corresponde más a un deseo de realizar un proyecto personal. Según sea en el punto de partida el desplazamiento o la movilidad, podemos encontrar luego las características del tipo activo en los que realizaron la movilidad, y las del pasivo, en las que sólo realizaron un mero desplazamiento.

La situación profesional: Hemos hablado del punto de partida del inmigrante en orden a encontrar una explicación adecuada de las diversas conductas o comportamientos sociales que aparecen en ellos. En este mismo punto de partida podemos encontrar algo que nos diversifique un poco la actividad, pasividad, individualidad o colectividad del inmigrante en la sociedad receptora. Es preciso tratar también la situación profesional en la sociedad receptora para intentar ver si encontramos una relación entre la profesión y la conducta del inmigrante.

Parece poco prudente el querer clasificar de manera demasiado estricta todas las posibles profesiones que desempeñan los inmigrantes, sobre todo si tenemos en cuenta la importancia que tienen para muchos de ellos las actividades marginales. Con todo, intentaremos dar una clasificación que, a la vez, se relacione con los tipos que hemos visto en el apartado anterior. La hipótesis que proponemos ahora es que existe una relación entre los tipos de conducta mencionados y los cuatro tipos de actividad profesional que detallamos a continuación.

Constituyen el primer grupo los servidores, aquellos que quedan al margen de la organización profesional y social, los que ocupan empleos de subalternos en los comercios o los que están empleados al servicio de las personas que están situadas en la cumbre de la escala social.

La segunda categoría la forman aquellos inmigrantes que se han colocado en las empresas que absorben la mano de obra no

(5) Alain Touraine: *Ouvriers d'origine agricole*. Paris, Ed. du Seuil, 1962.

especializada, de las cuales es un ejemplo típico la construcción. Se trata, pues, de los que llamamos normalmente peones de construcción.

En tercer lugar clasificamos los obreros que ya están instalados en la industria en empresas de cierta magnitud, trabajadores en contacto con las máquinas de dichas empresas, en donde el grado de racionalización del trabajo es mucho más acusado y en donde, a la vez, poseen ya las ventajas y ayudas sociales que implica un trabajo de este tipo y en esta clase de lugares. Estos están ya en el grado del obrero especializado.

Por último, tenemos a aquellos que se esfuerzan por encontrar un medio para asociarse a los que ejercitan la autoridad o el poder económico. Este tipo que se ha bautizado como astutos o tunantes.

Después de este intento de clasificación profesional, es posible establecer una relación entre cada una de las categorías y los comportamientos que expusimos antes. Parece que existe una correspondencia entre los servicios y la conducta de repliegue, entre los peones de la construcción y la desorganización, entre los obreros cualificados y la innovación y, por fin, entre los astutos y la integración.

He notado ya anteriormente que hablamos aquí en términos de hipótesis de trabajo y que se deben perfilar cada vez más. Por ejemplo, hay que tener en cuenta en estas clasificaciones y tipologías que existen factores que matizan cada uno de los grupos o tipos, la naturaleza del empleo, la estabilidad, el salario, etc.

Situación en la ciudad: Paso ahora a considerar el último factor que puede explicar el comportamiento diverso de los inmigrantes en la sociedad receptora. Se trata del factor ecológico, que acompaña en muchas ocasiones al comportamiento y que puede ser efecto de éste, pero creo que, a su vez, influye en el mismo. Nos encontramos con una relación circular de un factor sobre el otro.

Siguiendo el mismo orden que en el apartado anterior, encontramos inmigrantes en estos lugares de la gran ciudad:

Los que viven aislados, en la vieja ciudad o en barracas, con una tendencia clara a conservar todavía las particularidades de su cultura de origen.

Los de las barracas o de las chabolas, con unas condiciones de vida peor que los anteriores. Se trata de una zona típicamente desorganizada.

Los que viven en los barrios nuevos, en las ciudades satélites, en grandes bloques que constituyen unidades cercanas a los polígonos industriales de las grandes ciudades.

V

IV

III

II

I

Tipos	Tipo de Inmigración	Inserción en el Medio Urbano	Situación Profesional	Comportamiento
A) Pasivo-colectivo (pasivo-integrado).	Desplazamiento (resignados).	Aislados en la vieja ciudad. Barracas, con cultura de origen.	Servidores.	Retraimiento. (Proyecto nulo).
B) Pasivo-individual (pasivo-aislado).	Desplazamiento (eventualmente, no resignados).	Barracas o chabolas, zona desorganizada.	Peones. Peones no cualificados.	Desorganización (Proyecto negativo).
C) Activo-individual (pasivo-aislado).	Movilidad con socialización anticipada. (Conformista, acoplamiento a la vieja estructura).	Mezclados en los barrios viejos.	Astutos (malins).	Integración (Proyecto conformista).
D) Activo-colectivo (activo-integrado).	Movilidad con socialización anticipada. (No conformista, creadora).	Banlieu o barrios obreros nuevos. Ciudades Satélite.	Calificados.	Innovación (Fusión creadora).

Los que habitan en los viejos barrios, mezclados con la población autóctona.

Según lo que he desarrollado hasta ahora, y siempre con el afán de considerar el fenómeno de la inmigración considerando los dos polos de que consta, hemos llegado a una posible calificación bastante completa de los inmigrantes según una serie de factores: tipo de inmigración, inserción en el medio urbano (ecología), situación profesional, comportamiento. Todo ello nos posibilita la elaboración de un cuadro esquemático en orden a descubrir la existencia de grupos de inmigrantes que sean realmente capaces de aportar algo nuevo a la sociedad receptora y para los que el problema de la integración como visado de entrada en la nueva sociedad se plantea en términos de existencia colectiva, es decir, que el aceptar una integración, sin más, según todo lo que hemos dicho en la primera parte, supondría el renunciar a una serie de valores que pueden aportar a la sociedad que los acoge.

Este cuadro, sacado—como dije al principio de esta segunda parte—de estudios realizados y de hipótesis pendientes de comprobación, nos demuestra que existe un tipo de inmigrantes (activos colectivos) al que debemos prestar la máxima atención. Quizás estamos delante de un grupo capaz de renovar la sociedad receptora, quizás hemos encontrado una especie de sangre nueva que nos obligue a repensar una serie de principios de nuestra estructura socio-económica que teníamos por inmutables; lógicamente se sigue que el problema de la integración debe replantearse si es que existen grupos de inmigrantes a los cuales no podemos, o no debemos, exigirles una adaptación y asimilación a unas estructuras a las que no podemos llamar sin más perfectas.

Esta es la conclusión de todas estas páginas: la actitud para con el inmigrante no debe ser sin más la de procurar a toda costa que se integre en la sociedad, sino que el respeto que le debemos, junto con el análisis que hemos hecho, nos deben inclinar a descubrir en él las aportaciones nuevas e innovadoras a esta sociedad que no la perfección y modelo para proponer a los recién llegados.

Si no caemos en la cuenta de lo que los inmigrantes nos pueden aportar, seguiremos los trillados cánones de la integración, seguiremos exigiendo a toda costa la integración a todo aquel que llega, sin darnos cuenta quizás de que al mismo tiempo que exigimos la integración ahogamos una serie de valores nuevos que podrían aportar muchos elementos positivos a nuestras instaladas sociedades receptoras.